La liebre del fondo blanco

Shyvirelle · relatoscortos.org

El primer día, Adela confundió la liebre con una mota de fibra. Había aparecido cerca del centro de una hoja nueva, tan pequeña que necesitó inclinarla hacia la ventana para distinguir las orejas. No era un dibujo impreso: las patas parecían hechas con la misma pulpa del papel, solo que más gris.

En el taller fabricaban invitaciones, guardas para libros y cajas de cartón fino. Adela conocía cada fallo posible de una resma. Una hebra en la pasta, una burbuja de aire, una cuchilla mal asentada. Guardó la hoja aparte para enseñársela a su ayudante, pero al día siguiente la liebre estaba dos centímetros más a la derecha. El resto del pliego seguía blanco.

«¿La cortaste?», preguntó Tomás.

Adela señaló la guillotina. La tarde anterior había recortado una tira del lateral para comprobar el gramaje. Había cortado hasta dejar la hoja sin orilla blanca por ese lado.

Tomás giró el pliego contra la luz.

«Tal vez estaba en otra hoja».

Adela puso una cruz diminuta en el reverso, lejos de la figura, y la encerró en un cajón. Aquella noche volvió a casa con la sensación de que algo había seguido sus manos durante el trabajo. En su sala la esperaba Pipo, un conejo doméstico de orejas desiguales. Olfateó su zapato y se echó sobre la alfombra, satisfecho con que ella hubiese regresado.

Al tercer día Adela hizo una prueba. Tomó una segunda hoja de la misma resma. La liebre estaba allí también: un contorno de unos seis milímetros, detenido en el interior. Con regla y lápiz marcó un margen de un centímetro. Cortó antes de la línea. Esperó. No ocurrió nada. La figura no se movió cuando volvió a mirarla después del almuerzo.

En otra hoja cortó hasta el borde del dibujo, eliminando por completo la franja blanca situada entre la liebre y el canto. Al levantar la cuchilla, la figura había avanzado. Apenas un salto, pero ahora sus patas casi tocaban el extremo del papel.

Adela dejó de trabajar. Quiso creer que la presión había desplazado la fibra. Sin embargo, las patas no estaban estiradas ni borrosas. La liebre había cambiado de lugar.

Esa tarde llevó tres objetos del tamaño del dibujo a una mesa despejada de su casa: una cuenta azul de vidrio, un tornillo corto de latón y el pequeño aro de un broche. Los colocó separados sobre un paño oscuro. Anotó su orden en una libreta: cuenta, tornillo, aro. Pipo permaneció en su recinto, al otro extremo de la habitación.

Adela apoyó la primera hoja sobre una tabla y recortó la última orilla blanca. La figura alcanzó el borde. La cuenta azul desapareció sin ruido. En el paño quedó una marca circular, más clara que el polvo de alrededor. El tornillo y el aro no se habían movido.

No gritó. Buscó bajo la mesa, en el suelo y entre sus dedos. La cuenta no estaba. Cuando volvió al papel, vio que la liebre tenía entre los dientes algo azul, un punto que al principio le pareció tinta.

Guardó todo en una caja de metal y cerró la tapa. Esa noche no durmió. Pipo rascaba la alfombra de vez en cuando; en cada roce Adela oía el leve arrastre de una cuchilla.

A la mañana siguiente, la caja seguía cerrada. La liebre seguía junto al borde, inmóvil. La cuenta ya no aparecía entre sus dientes. En el reverso permanecía la cruz que Adela había hecho: seguía siendo la misma hoja y lo que se había llevado no había regresado.

Adela no sabía si la liebre podía robar desde cualquier hoja o solo desde la primera. Necesitaba saberlo antes de destruir las hojas. Con las manos temblando, pegó al canto una tira de papel blanco. La liebre se quedó quieta. Cortó la tira sin tocar el pliego. Se quedó quieta también. Volvió a la hoja en la que las patas casi tocaban el canto. Cuando cortó el margen de esa hoja, el cuerpo gris llegó al borde y desapareció el tornillo.

Quedaba el aro.

El viernes encontró otro cambio. Sobre una hoja grande del taller, que nadie había tocado, había una liebre del tamaño de su palma. No era una mancha distinta: tenía una oreja más baja, igual que Pipo, y miraba hacia la zona donde Adela había puesto a secar los pliegos. En el suelo, debajo de la mesa, había una huella de barro demasiado pequeña para ser de un animal de verdad.

Adela comprendió que no podía confiar en el tamaño de las liebres nuevas. Las primeras habían sido minúsculas; aquella, sin embargo, podía abarcar la oreja de Pipo. Imaginó otro pliego, otro corte, un dibujo del tamaño de su conejo. Había aprendido a salvar el papel dejando un margen, pero no a rescatar lo que una figura se llevaba.

Por la tarde Tomás quiso ayudarla a tirar la resma.

«La trituramos entera», propuso.

«Triturar también es cortar», respondió ella.

Cerraron la guillotina. Adela envolvió la resma en un paño, sin doblar las hojas, y se la llevó a casa. Aisló el taller de cualquier nuevo corte hasta que pudiera pedir que retiraran el material entero. No se permitió ni rasgar la cinta del envoltorio.

En la sala colocó a Pipo a su lado, bajo la luz. Sacó el pliego grande con la liebre de una palma y lo extendió sobre la mesa, completo. Alrededor dejó una orilla blanca ancha. La figura miraba hacia el borde, pero no había avanzado. Adela esperó una hora. Luego otra. Pipo comió, se limpió el hocico con las patas y se durmió. La figura no cruzó el blanco.

Por primera vez en varios días, Adela también durmió.

La mañana del sábado encontró a Pipo donde lo había dejado, vivo y tibio, con la oreja torcida sobre una pata. El pliego grande seguía intacto. Se arrodilló junto al paño de los experimentos. La cuenta y el tornillo habían desaparecido durante las pruebas; el aro había quedado allí la noche anterior. Ahora también faltaba. La ausencia de los tres tenía la forma exacta de su lista.

Buscó entonces la primera hoja, la marcada con una cruz. Estaba sobre la mesa, aunque Adela recordaba haberla guardado en la caja de metal. La liebre no aparecía ya en el papel.

El borde derecho tenía cinco mordiscos pequeños, profundos, que empezaban fuera de la hoja y avanzaban hacia el blanco. Adela puso el pliego frente a la ventana. Las fibras rotas se curvaban hacia dentro. No eran las marcas de una liebre que buscara salir.

Algo había aprendido a entrar.